

LA RESPUESTA AL NUEVO IMPERIALISMO RUSO: EL DISPAR DESTINO DE UCRAINA, BELARÚS Y LAS REPÚBLICAS BÁLTICAS

Marcel H. Van Herpen

Director, Cicero Foundation

El presente capítulo analiza las distintas respuestas de los países vecinos de Rusia –Ucrania, Belarús y los Estados bálticos– frente al nuevo imperialismo ruso. Ucrania es el principal objetivo de las políticas neoimperialistas y anexionistas de Moscú ya que la clase política dirigente rusa no ha llegado a aceptar nunca la existencia de Ucrania como estado independiente. Así puede verse en ejemplos que van desde declaraciones efectuadas en el marco de los discursos y entrevistas de Vladimir Putin y otros líderes rusos a acciones que niegan al Estado ucraniano, tales como las concentraciones que ha organizado en Ucrania la banda de motoristas rusos *los Lobos Nocturnos*, cuyo jefe, Aleksandr Zaldostanov, es amigo personal de Putin. La reciente introducción de la denominación «Malorossiya» (Pequeña Rusia), el antiguo nombre zarista que se le daba a Ucrania, por parte del líder separatista Aleksandr Zakharchenko, supone una amenaza aún más grave. Encaja en la estrategia rusa de hacerse con el control no ya solo de una parte de Ucrania, sino de todo su territorio. El uso de este provocador término lo ha respaldado, (si no inventado) el Kremlin, y ofrece la clave para comprender el comentario de Putin de que «no es necesario» dividir Ucrania.

Pese a que la situación geopolítica de las tres repúblicas bálticas es mucho más desfavorable que la de Ucrania en cuanto a su defensa territorial, el riesgo de aventuras militares rusas allí es menor por dos motivos: primero, no se las considera parte del llamado «mundo ruso» (*ruskiy mir*) (pese a existir minorías rusas en Estonia y Letonia); y, además, las tres son miembros de la OTAN, que cuenta con presencia sobre el terreno a través grupos de combate multinacionales. Belarús constituye un caso especial, ya que ha regresado a la órbita de Moscú: es miembro de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC) y de la Unión Económica Euroasiática. Mientras Lukashenka sea presidente, tratará de conservar el mayor margen de maniobra posible, aunque sin ser capaz de liberarse él mismo del abrazo ruso. El Kremlin se limitará a esperar.

Las tres revoluciones de Ucrania

Los ucranianos han hecho tres revoluciones desde 1990. Las dos últimas –la Revolución Naranja de 2004 y la Revolución de la Dignidad, o del

Maidan, en 2013–14– son de sobra conocidas, pero no así la primera, la llamada «Revolución del Granito», de 1990. La Revolución del Granito se hizo contra el nuevo «Tratado de Unión», que pretendía mantener el imperio soviético con una nueva estructura. Los revolucionarios rebautizaron la Plaza de la Revolución de Octubre con el nombre de *Maidan Nezalezhnosti*, la Plaza de la Libertad. Hicieron la revolución por la independencia de la nación. La segunda revolución, la Revolución Naranja de 2004, fue distinta. Ucrania ya había obtenido la independencia. Así que se trató más bien de una revolución liberal-democrática. Fue una protesta contra el fraude electoral con el que se pretendía impedir el triunfo del candidato prooccidental a la presidencia, Viktor Yushchenko. Pero la Revolución Naranja fue más que eso. Fue (otra vez), además, una revolución para proteger la independencia nacional de Ucrania de las intrigas del Kremlin para debilitar al joven estado ucraniano y reintegrarlo en la órbita de Moscú. En la tercera revolución, la Revolución de la Dignidad, o del Maidan, entre 2013 y 2014, lo que se dirimía era el rumbo de la política exterior ucraniana. En contra de la voluntad de la mayoría de la población, el Presidente Viktor Yanukovich cambió de forma repentina la postura oficial proeuropea de Ucrania para solicitar el ingreso en la Unión Eurasiática del Kremlin. Pero lo que estaba en juego era mucho más que la política exterior ucraniana: se dirimía un asunto fundamental para el futuro de Ucrania. Una elección entre conservar su independencia y acercarse a la Unión Europea, o retroceder y volver a ser (otra vez) parte del imperio ruso. Esta elección geopolítica no era una mera cuestión geográfica relativa a dónde se deseaba pertenecer, si al este, o a occidente; sino que era, ante todo, una cuestión de valores: optar por Europa suponía que Ucrania deseaba proseguir la senda hacia una democracia liberal plenamente desarrollada. Los enfrentamientos masivos en las calles del centro de Kyiv (que se saldaron con más de cien muertos) forzaron a Yanukovich a huir a Rusia, que le concedió asilo.

La guerra en Ucrania

Lo que sucedió después es bien conocido: Rusia invadió y se anexionó Crimea, al tiempo que desencadenó una guerra no declarada en el este de Ucrania junto con fuerzas irregulares locales interpuestas que condujo finalmente a la ocupación del Donbás y a la creación de dos regímenes títere rusos: las llamadas «República Popular de Donetsk» y «República Popular de Luhansk». En mi libro *Putin's Wars – The Rise of the New Russian Imperialism*, escrito y publicado antes de tener lugar estos sucesos, predije esta agresión rusa inminente cuando escribí:

En caso de que Ucrania opte por una mayor integración en la Unión Europea, no puede descartarse un escenario similar al de Georgia, en la que el Kremlin podría orquestar revueltas en el este de Ucrania o en Crimea, en donde muchos residentes poseen pasaportes rusos, lo que le daría un pretexto a Rusia para intervenir en Ucrania con el propósito de «proteger a sus nacionales» y desmembrar el país. Por desgracia, no puede excluirse este tipo de escenario: se trata de un resultado de los cinco principios de la política exterior rusa tal como los enunció el presidente Medvedev el 31 de agosto de 2008. El cuarto principio al que se refirió fue el de «proteger las vidas y la dignidad de nuestros ciudadanos, allí donde se encuentren». Abre la puerta a aventuras militares en cualquier país «vecino» de Rusia. (Van Herpen, 2014:247)

Esta es la conclusión lógica de un análisis exhaustivo de las políticas del Kremlin de las últimas décadas. Los planes implícitos del Kremlin se podían encontrar en sus documentos oficiales, en los discursos de los dirigentes rusos y en entrevistas a creadores de opinión en los medios rusos. Algunos ejemplos esclarecedores:

En primer lugar, el anexionismo ruso no es ninguna novedad. Ya el 9 de julio de 1993, el Soviet Supremo ruso, (el antecesor de la actual Duma Estatal) solicitó, en una resolución casi unánime, la devolución de Sevastopol a Rusia. Yeltsin bombardearía el edificio del parlamento algunos meses más tarde. Pero ya por entonces los ucranianos expresaban sus recelos. En 1994, tres analistas ucranianos habían escrito: «Existe un deseo oculto de iniciar la desmembración de Ucrania, empezando por Crimea» (Haran *et alii*, 1994:212). Esto lo confirmó el analista británico-ucraniano Taras Kuzio, que escribió: «Por último, a muchos rusos y grupos políticos les cuesta aceptar la independencia de Ucrania y su soberanía sobre el Donbás y Crimea. Existe una muy consolidada y profunda convicción entre la elite rusa que resulta, claro está, extremadamente irritante para los dirigentes ucranianos, de que la independencia de Ucrania es, del algún modo, temporal, y de que, por tanto, la reunificación es inevitable en el futuro» (Kuzio, 1994:206). Y Kuzio añadía que «se ha sabido que Sergei Stankevich [asesor político de Yeltsin] les dijo a diplomáticos extranjeros que no se molestasen en abrir embajadas en Kiev, ya que, de todas formas, no tardarían en volver a ser meros consulados». También Zbigniew Brzezinski había apuntado al revisionismo ruso cuando escribió, en 1994: «Muy sintomático de la continua reticencia de Moscú a aceptar la independencia de Kiev como un hecho duradero fue el modo tan despectivo de negar su existencia como estado al referirse (en palabras que me dirigió una alta autoridad rusa en 1993) al país como “esa entidad condicional llamada Ucrania”» (Brzezinski, 1994:130). Todo esto sucedió poco después de la independencia de Ucrania, así que cabría esperar que semejantes sentimientos revanchistas desaparecieran con el tiempo. Sin embargo, no fue así. Al contrario. El ideólogo fascista ruso Aleksandr Dugin declaró sin ambages que «la batalla por la integración del espacio post-soviético es la batalla por Kiev» (Cf. Van Herpen, 2013:84). Acaso Dugin sea un caso extremo; pero qué habría que pensar de Vladimir Putin, quien, en la primavera de 2008, le dijo al entonces presidente de Estados Unidos, George W. Bush, que Ucrania «no era ni siquiera es un país» (Cf. Snegovaya, 2014).

Por otra parte, está el apoyo personal de Putin a la banda de motoristas nacionalista *los Lobos Nocturnos*, que, desde 2009, han estado haciendo concentraciones provocadoras por toda Ucrania en las que ondeaban enormes banderas rusas. El jefe de la banda, Aleksandr Zaldostanov, alias, *el cirujano*, es amigo personal de Putin. En 2012, con ocasión de una visita oficial de Putin a Ucrania, éste dejó claro su desprecio hacia el estado ucraniano y su entonces presidente (precisamente ¡el prorruso Yanukovich!), cuando estuvo durante horas recorriendo Crimea en compañía de Zaldostanov y sus *Lobos Nocturnos*, y dejó a Yanukovich esperándolo en Kiev. El 28 de febrero de 2014, poco antes de la anexión de Crimea, el propio Zaldostanov había llegado en avión desde Moscú a Simferópol, la capital de Crimea, en donde declaró al aterrizar: «Donde quiera que estemos, donde estén *los Lobos Nocturnos*, debe considerarse Rusia». (Cf. Shuster, 2014).

En una rueda de prensa celebrada el 9 de marzo de 2014, después de la ocupación de Crimea y nueve días antes de su anexión, Putin declaró: «Siempre

hemos considerado, consideramos y consideraremos a Ucrania no solo nuestro vecino más próximo, sino verdaderamente nuestra república hermana vecina. Sus fuerzas armadas y las nuestros son compañeras de armas, amigas, muchos de los soldados se conocen entre sí personalmente. Y estoy seguro, y así deseo subrayarlo, que los soldados ucranianos y los rusos no estarán en lados opuestos de la trinchera; estarán en el mismo lado de la trinchera»¹. Y también resultan intrigantes los comentarios de Putin con motivo del discurso dirigido a la Duma y al Consejo de la Federación el 18 de marzo de 2014, el día de la anexión de Crimea, en el que dijo: «Siempre hemos respetado la integridad territorial del Estado ucraniano». Y prosiguió: «quiero que me escuchen, mis queridos amigos. No den crédito a aquellos que quieren que teman Rusia, que proclaman a voces que, después de Crimea, vendrán otras regiones. No. Nosotros no queremos dividir Ucrania; no lo necesitamos». Aparte ya del cinismo extremo de Putin, que no tiene rubor ninguno en declarar, justo después de la anexión de Crimea, que siempre ha «respetado la integridad territorial del Estado Ucraniano», es incluso más llamativo el segundo de sus comentarios: «No es nuestro deseo dividir Ucrania; no lo necesitamos»². Esta frase, pronunciada, en apariencia, con el fin de tranquilizar a los ucranianos en cuanto a que, con la anexión de Crimea, el apetito ruso se había saciado, era, en realidad, muy ambigua: esa misma frase podría interpretarse de forma distinta, en el sentido de que Rusia no se conformaría con hacerse únicamente con algunas partes de su territorio, sino que anhelaba incorporar *toda* Ucrania a Rusia, o bien someterla como si fuera un estado vasallo suyo, con lo que dividir Ucrania «no sería necesario».

«Malorossiya»: más que un simple eslogan falso

Años antes de la anexión de Crimea, en 2009, el destacado analista ruso Fyodor Lukyanov manifestó que «ninguno de los países de la antigua Unión Soviética, incluida Rusia, puede afirmar a ciencia cierta que sus fronteras estén históricamente justificadas, sean naturales, y, por tanto, sean inviolables. Muchos de los estados que han surgido en lugar de la antigua Unión Soviética son débiles y es posible que algunos de ellos ni siquiera sean viables a largo plazo» (Lukyanov, 2009:59). Si uno se molesta en observar el resto de los países del mundo, verá que casi en ninguno de ellos las fronteras «están históricamente justificadas» ni «son naturales»; y, sin embargo, no por ello las fronteras existentes dejan de ser inviolables. En realidad, lo que hace es abrir una caja de pandora al emplear el concepto de fronteras «históricamente justificadas» y «naturales» para excusar las acciones de una potencia revisionista que viola el derecho internacional.

El proceso de Minsk, iniciado en febrero de 2015, no ha logrado acabar con la guerra en Ucrania. *Minsk* es, en realidad, un laberinto de espejos en el que el agresor se oculta detrás de sus títeres, los llamados separatistas locales. Para el Kremlin, el objetivo de este proceso de Minsk es mantener un «conflicto congelado» en el este de Ucrania. Pero mantener un conflicto congelado no es el objetivo final del Kremlin. En el caso de Georgia ya sucedió que dos zonas en las que había un conflicto congelado se transformaron después de muchos años en «estados independientes». E incluso eso probablemente sea solo una transición hacia la incorporación definitiva de las dos regiones al gigantesco estado ruso. Además, el conflicto congelado del Donbás no está ni mucho menos congelado: es en realidad una herida supurante. En el periodo entre marzo de 2014 y mayo de 2016 han muerto más de 9.000 personas (incluidos tanto civiles como combatientes de ambos

1. La entrevista se reproduce en Baburin (2014).

2. Discurso del Presidente de la Federación de Rusia. *Official Website of the President of the Russian Federation* (18 de marzo de 2014) (en línea) <http://eng.kremlin.ru/news/6889>

lados) y hay más de 21.000 heridos (Human Rights Watch, 2016). Y, debido a que los combates se han intensificado durante el pasado año, el número real (en agosto de 2017) es de más de 10.000 muertos. Esto no es un «conflicto», es una guerra. Como en el caso de Georgia, el Kremlin es capaz de esperar años la oportunidad de iniciar una nueva ofensiva.

No es improbable, de hecho, es hasta verosímil que el Kremlin considere el caos actual en Washington, causado por el mandato de Trump, esa oportunidad. Es muy revelador que Aleksandr Zakharchenko el líder de la «República Popular de Donetsk», anunciase de forma repentina, en julio de 2017, un nuevo plan en el que pedía la unificación de los dos pseudoestados separatistas e invitaba a otras partes de Ucrania a integrar «Malorossiia»³. Malorossiia, que se traduce por «Pequeña Rusia», era la antigua denominación de Ucrania durante la Rusia zarista. Zakharchenko declaró que el plan se concibió «para reintegrar el país». Malorossiia se constituiría «dentro de las fronteras de la actual Ucrania». Aquí volvemos a los comentarios de Putin de 2014 en los que afirmaba que no deseaba la partición de Ucrania, sino que deseaba mantener su unidad territorial. «Malorossiia» sería la nueva denominación de esa Ucrania no dividida. El enviado personal de Putin a Ucrania, Vladislav Surkov, se refirió al plan como una forma de «suscitar debate» dentro de Ucrania, y Putin declaró de nuevo durante la cumbre del G20 de julio de 2017 en Hamburgo: «Estoy persuadido de que los intereses de Ucrania y los de Rusia, de los pueblos ucraniano y ruso coinciden plenamente» (Cf. Dickinson, 2017). Pavel Felgenhauer, el analista experto en defensa de *Novaya Gazeta*, que suele estar bien informado, escribió que, durante una reunión en el Kremlin, «Surkov habría comentado que “todo este revuelo acerca de la fantasía del estado de Malorossia es positivo porque pone de relieve que el Donbás no lucha por separarse de Ucrania, sino por su integridad territorial, por toda Ucrania y no por una parte solo (...)”». Felgenhauer añadió que «al Kremlin no le hace falta un “conflicto congelado” en el Donbás con un coste inacabable, cuando su auténtico objetivo es hacerse con toda Ucrania (o con su mayor parte) e “integrarla”» (Felgenhauer, 2017).

¿Un peligro inminente para los estados bálticos?

Las tres repúblicas bálticas están cada vez más inquietas ante la amenaza rusa. En dos de los tres, Estonia y Letonia, existen minorías rusas importantes. Se ha especulado con la posibilidad de un «escenario híbrido» con la infiltración de «hombrecillos de verde» en las provincias rusohablantes adyacentes a la frontera rusa.⁴ Sin embargo, esta posibilidad, que se adaptó de la situación en Ucrania, no es tan probable en la región báltica. Y ello, por varios motivos: el primero es que una guerra prolongada de baja intensidad con fuerzas irregulares locales interpuestas más fuerzas especiales rusas (sin insignias) no le conviene en realidad: solo acarrearía más sanciones de Occidente y la intervención de una fuerza conjunta de la OTAN. De interesarle al Kremlin un tipo de guerra en el Báltico, le convendría, más bien, una operación tipo *blitzkrieg*, una especie de órdago que permitiese una ocupación rápida en donde los objetivos serían, por un lado, poner fin a la separación del enclave de Kaliningrado del resto de la Federación de Rusia; por otro, hacerse con los puertos bálticos de mar de Riga y Tallin; luego, «reintegrar a la población étnica rusa de los Estados bálticos a su «patria» Rusia; y, en último, aunque no menos importante lugar, frozar el retroceso de la OTAN.

3. «Malorossiia Aleksandra Zakharchenko ne vpisalas v Minskiy protsess». *RIA Novosti* (18 de julio de 2017) (en línea) <http://www.newsdnr.ru/index.php/novosti-dnr-lnr/2155-malorossiia-aleksandra-zakharchenko-ne-vpisalas-v-minskiy-protsess>
4. Esta posibilidad (aunque sin «hombrecillos de verde») ya la anticipó Alexander Motyl en 2008, cuando escribió: «Pero, ¿de verdad va Europa, sobre todo, Alemania, Francia e Italia, a enviar tropas a Estonia si Rusia se anexiona el enclave (con una minoría rusa) de Narva?» (Motyl, 2008).

El Kremlin es consciente de que la situación estratégica en la región báltica es desfavorable para la OTAN. Las simulaciones sobre una hipotética invasión rusa de las repúblicas bálticas llevadas a cabo por la RAND, una agencia estadounidense de defensa, en el periodo que va del verano de 2014 a la primavera de 2015, tuvieron como resultado que la OTAN sería incapaz de defender con éxito ese territorio. Las fuerzas rusas tardaban como máximo 60 horas en alcanzar Tallin y Riga (Shlapak, Johnson, 2016). Esta grave situación estratégica empeora aún más por el relativo aislamiento de esta región. La única conexión entre Polonia y Lituania es el llamado «corredor de Suwalki», una franja de terreno de unos 100 km en la parte nororiental de Polonia. Al norte de este «corredor» se encuentra Kaliningrado y, al sur, Belarús. Rusia podría aislar sin dificultades el corredor. Hay quien lo ha comparado con el «corredor de Fulda» en Alemania durante la Guerra Fría, considerado entonces también un punto vulnerable de la defensa aliada. El General Ben Hodges, comandante de las fuerzas de Estados Unidos en Europa, ha advertido de que en el enclave de Kaliningrado existe una «importante capacidad» que incluye armamento antibuque, defensas aéreas y de guerra electrónica. «Podrían dificultarnos mucho a cualquiera el acceso al mar Báltico en caso de necesitarlo en una eventualidad» (Cf. Weisgerber, 2016). En 2015, el Kremlin reconstituyó el *1^{er} Ejército de Tanques de la Guardia*, unidad formada durante la Segunda Guerra Mundial y luego desmantelada en 1999. Se compone de entre 500 y 600 tanques, 600 y 800 vehículos de infantería de combate, y entre 35.000 y 50.000 soldados; y el periódico del ejército, *Zvezda*, se refirió a él como un contingente «capaz de neutralizar la amenaza de los países bálticos» (*Zvezda*, 2016).

«¿Realmente se prepara Rusia para una guerra con los países bálticos?» se pregunta Vadim Shtepa. «La opinión abrumadora en occidente es que es poco probable; pero cabe recordar que hace solo tres años la anexión de Crimea por la fuerza, y la presencia de tanques rusos en el este de Ucrania habría parecido también algo absurdo» (Shtepa, 2016). Desde la ocupación de Crimea, la OTAN ha reforzado la defensa de las repúblicas bálticas, y ha desplegado un batallón multinacional en cada uno de ellas, además de en Polonia. Estas tropas, si bien no bastarían para repeler un ataque ruso, tienen en realidad una función disuasoria: en caso de agresión rusa el Kremlin se arriesga a una guerra total con los 28 miembros de la OTAN, por lo que el Kremlin se lo pensará dos veces antes de llevar a cabo maniobras militares en el Báltico (a no ser que fuese una de sus habituales provocaciones). Para Moscú, las tres repúblicas bálticas son distintas de Ucrania, y no pertenecen necesariamente al «mundo ruso» (*russskiy mir*). Su población no habla lenguas eslavas, y la mayoría no es ortodoxa, sino protestante (Estonia y Letonia) o católica (Lituania).

¿Qué sucederá con Belarús?

El caso de Belarús es distinto, ya que el Kremlin sí considera que forma parte del «mundo ruso». Aunque formalmente es independiente, está integrado por completo en las estructuras de Moscú: es miembro de la Unión Económica Euroasiática, así como de ese remedo del Pacto de Varsovia en miniatura del Kremlin que es la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC). Dado que depende económicamente de Rusia, el poder de Moscú en Minsk está muy consolidado. En 2003, Putin reveló sus planes anexionistas, cuando propuso una unión de ambos estados e invitó a Belarús a incorporarse a la Federación de Rusia en forma de seis nuevos

oblasts (Cf. Dmitri Trenin, 2011:46). El Presidente bielorruso Lukashenka, que no estaba dispuesto a convertirse en el sátrapa local de Putin, declinó la oferta. Desde entonces, Lukashenka ha estado intentando maniobrar entre Moscú y occidente. Sin embargo, carece de poder para ser verdaderamente independiente y recuerda más bien a un canario «libre» dentro de su jaula, pero viviendo en la casa de un gato. Durante el periodo entre 2013 y 2015, Putin emprendió nuevas medidas para reforzar el vínculo entre ambos países al proponer el establecimiento de una base aérea rusa en Belarús⁵.

En octubre de 2015, se congregaron en Minsk cuatrocientos manifestantes al grito de: «¡La base rusa es ocupación!» (Reuters, 2015). Lukashenka declinó la propuesta de Putin, pero tuvo que presentar otras medidas para mejorar la aportación belarusa al sistema único de defensa antiaérea de Rusia y Belarús. Parece que logró imponerse cuando el Kremlin accedió a venderle a Belarús cuatro de sus cazas Su-35 más modernos (Bohdan, 2016). Pero, sin duda, esto no pone fin a la historia. En agosto de 2017, circularon rumores de que las maniobras Zapad 2017, que se desarrollaban en parte en territorio de Belarús, tenían el objetivo oculto de retorcerle el brazo a Lukashenka y «dejar tropas rusas» en Belarús (*Delovaya Gazeta*, 2017). Sin embargo, este recelo parece infundado ya que ello complicaría de forma innecesaria las relaciones del Kremlin con Belarús, y Moscú puede esperar.

Referencias bibliográficas

Baburin, Sergey. *Krym naveki s Rossiei – Istoriko-pravovoe obosnovanie vossoedineniya respubliki Krym i goroda Sevastopol s Rossiyskoy Federatsiei*. Moscow: Knizhnyi Mir, 2014, p. 87.

Bohdan, Siarhei. «Thwarting plans for a Russian airbase, Minsk strengthens its air force». *Belarus Digest* (12 octubre de 2016) (en línea) <https://Belarusdigest.com/story/thwarting-plans-for-a-russian-airbase-minsk-strengthens-its-air-force/>

Brzezinski, Zbigniew. «The Great Transformation». *Politichna Dymka/Political Thought*, n.º 3 (1994).

Delovaya Gazeta, «Litva budet otslezhivat vyvod voennykh RF s territorii Belarusi» (25 agosto 2017) (en línea) <http://bdg.by/news/politics/litva-budet-otslezhivat-vyvod-voennyh-rf-s-territorii-Belarusi>

Dickinson, Peter. «Putin Still in Denial over the Loss of Ukraine». *Atlantic Council* (8 de agosto de 2017).

Felgenhauer, Pavel. «The Russian-Ukrainian Conflict Could Be Escalating» *Eurasia Daily Monitor*, vol. 14, n.º 96 (20 julio, 2017).

Haran, Oleksiy; Koval, Yaroslav and Shevchuk, Andriy. «Ukraine and Crimea in Russia's Geopolítica Concepts». *Politichna Dymka/Political Thought*, n.º 3 (1994).

Human Rights Watch, «World Report, Ukraine-Events of 2016» (en línea) <https://www.hrw.org/world-report/2017/pais-chapters/ukraine>

5. En Belarús ya existen instalaciones militares rusas ligeras: una estación de radar en Gantsevichi y un centro de comunicaciones navales junto a Vileyka. Una base aérea rusa añadiría un elemento de más calibre y consolidaría aún más la asociación estratégica entre Rusia y Belarús.

Kuzio, Taras. «Ukraine and Its 'Near Abroad». *Politichna Dymka/Political Thought*, n.º 3 (1994).

Lukyanov, Fyodor. «Rethinking Security in 'Greater Europe», en: Ivan Krastev; Mark Leonard, Andrew Wilson (eds.) *What Does Russia Think?* London: European Council on Foreign Relations, 2009.

Motyl, Alexander. «Would NATO Defend Narva?». *New Atlanticist* (8 de septiembre de 2008) (en línea) <http://www.atlanticcouncil.org/blogs/new-atlanticist/would-nato-defend-narva>

Reuters, «Belarus says does not need a Russian military base: report» (octubre, 2015). (en línea) <http://www.reuters.com/article/us-russia-Belarus-airbase-idUSKCN0S020J20151006>

RIA Novosti, «Malorossiya Aleksandra Zakharchenko ne vpisalas v Minskiy protsess» (18 de julio, 2017) (en línea) <http://www.newsdnr.ru/index.php/novosti-dnr-lnr/2155-malorossiya-aleksandra-zakharchenko-ne-vpisalas-v-minskij-protsess>

Shlapak, David A. and Johnson, Michael. «Reinforcing Deterrence on NATO's Eastern Flank: Wargaming the Defense of the Baltics». Santa Monica, CA: RAND Corporation, 2016 (en línea) http://www.rand.org/pubs/research_reports/RR1253.html.

Shtepa, Vadim. «Russian First Guards Tank Army as an Instrument of Hybrid War Against Baltic States». *Eurasian Daily Monitor*, vol. 13, n.º 112 (22 de junio, 2016) (en línea) http://www.jamestown.org/programs/edm/single/?tx_ttnews%5Btt_news%5D=45534&tx_ttnews%5BbackPid%5D=27&cHash=74db6cd10438fc6dcf6b9dd9068be21f

Shuster, Simon. «Russia Ups the Ante in Crimea by Sending in the 'Night Wolves'». *Time*, (28 de febrero de 2014).

Snegovaya, Maria. «Ukraine's Crisis is Not the West's Fault». *The Moscow Times* (15 septiembre, 2014).

Trenin, Dmitri. *Post-Imperium: A Eurasian Story*. Washington DC and Moscow: Carnegie Endowment for International Peace, 2011.

Van Herpen, Marcel H. *Putin's Wars – The Rise of Russia's New Imperialism*. Lanham, MA: Rowman & Littlefield, 2014.

Van Herpen, Marcel H. *Putinism – The Slow Rise of a Radical Right Regime in Russia*. Houndmills: Palgrave Macmillan, 2013.

Weisgerber, Marcus. «Russia Could Block Access to Baltic Sea, US General Says». *Defense One* (9 de diciembre de 2015) (en línea) <http://www.airforcetimes.com/story/military/2016/06/07/us-air-force-supports-major-exercises-europe-all-month/85561954/>

Zvezda «Novye Rossiyskie divizii stanut molotom, kotoryy slomit lyubuyu oboronu – eksperty» (The new Russian divisions become the hammer with which to break any defense) (11 mayo, 2016).